



DON JUAN ALDAMA.

Este militar, que tomó parte en la revolución de Dolores, fué amigo y compañero de Allende, y por él y por sus ideas políticas, se afilió entre los conspiradores de Querétaro.

Nació en San Miguel el Grande, por los años de 1769 á 1772, y pertenecía á una familia acomodada de la localidad, emparentada con otras de Querétaro y Guanajuato; se dedicó á la carrera de las armas y llegó á Capitán del Regimiento de la Reina, donde lo encontraron los sucesos de 1809; tomó parte en la conspiración de Valladolid y luego en la de Querétaro, á donde concurría con frecuencia y posaba en la casa de su hermano político, Don José Ignacio Villaseñor Cervantes, Regidor perpétuo, que era uno de los comprometidos. Estaba, como los demás, en el secreto de que la revolución debía estallar el primero de Octubre de 1810, y entretanto que llegaba esa fecha, procuraba reclutar gente para la revolución.

Se encontraba en San Miguel, lugar de la residencia del Escuadrón que mandaba, cuando recibió en la mañana del día 15, el aviso que la Corregidora enviaba con el Alcalde Ignacio Pérez, de que la conspiración estaba descubierta; comprendiendo Aldama la gravedad de la noticia, y no teniendo con quién consultar, pues Allende no estaba en la población, se dirigió á Dolores, á donde llegó ya entrada la noche, inmediatamente

habló con aquél y luego fué introducido á la recámara, donde ya estaba recogido el Párroco; enterado éste de lo ocurrido en Querétaro, comenzó á vestirse, profiriendo la célebre frase: "Somos perdidos, señores, aquí no hay más recurso que ir á coger gachupines." Aldama pretendió hacer algunas observaciones á Hidalgo para conseguir que desistiese de tan extrema resolución, pero ni tuvo tiempo de hacerlas, pues aquél mandó llamar á su hermano de padre, Don Mariano; á Don José Santos Villa y á los serenos, y salió con rumbo á la cárcel para poner en libertad á los presos. La revolución había comenzado.

Aldama, en unión de Allende, prendió á los españoles Rincón y Cortina; y horas después salió para San Miguel con el puñado de hombres que se había reunido; allí recibió el encargo de cuidar de la seguridad de los españoles presos, á cuyo objeto destinó parte del Regimiento de la Reina, del que era Capitán, y que se reunió en la villa á los sublevados. En Celaya manifestó francamente á Hidalgo el disgusto que le causaba el sistema que empezaba á observarse, de entregar al saqueo las casas de los españoles, á lo que el Cura contestó que él no sabía otro modo de hacerse de partidarios, y que si Aldama lo tenía, se lo propusiese. Desde entonces quedó disgustado, pero ya era tarde para retirarse de la revolución, y su cabeza, así como las de sus compañeros, había sido puesta á precio.

Con el grado de Mariscal 'que se le dió en la promoción de Celaya, siguió en el ejército, pero poco es lo que se sabe que hizo: en Guanajuato no mandó el ataque de Granaditas, y días después, el 3 de Octubre, salió por el camino de la Sierra, en observación de los movimientos de Calleja; recorrió buen trecho de la provincia, llegó á San Felipe, y cuando se convenció de que este General aún no movía su ejército, regresó á San Miguel, engrosó sus fuerzas y siguió el camino de Celaya y Acámbaro, yendo á reunirse con el ejército en Indaparapeo; en su tránsito recibió en calidad de prisioneros á los Coroneles García Conde y Rul y al intendente Merino, que iban

comisionados por el Virrey Venegas á poner Valladolid en estado de defensa; los retuvo á su lado hasta la llegada á esa población, y evitó que se les diese mal trato. Aldama, que entró con el grueso del ejército el 17 de Octubre, no tomó parte en ninguna de las disposiciones dadas para la aprehensión de europeos y confiscación de sus bienes.

En Acámbaro recibió el empleo de Teniente general, que le fué discernido en la promoción habida allí, y con tal carácter asistió á la batalla de las Cruces, donde tuvo á sus órdenes todas las fuerzas que desde San Miguel le obedecían; fué uno de los que más disgustados se manifestaron por la retirada de México, y en Aculco se vió obligado á abandonar su familia, que se le había reunido y que ningún insulto sufrió, gracias á que el Coronel García Conde supo corresponder al buen trato que había recibido de Aldama. Este acompañó á Allende á Guanajuato, donde se ignora lo que hiciera por defender la ciudad, y á Guadalajara, donde se ocupó de reunir elementos; parece que en el puente de Calderón tuvo el mando de una de las alas del ejército independiente, y se retiró cuando vió la batalla perdida. Reunido á Allende, Arias y Jiménez, acordaron los cuatro quitar el mando á Hidalgo, como lo verificaron en la Hacienda del Pabellón, y en Zacatecas, viendo que era indefendible la ciudad, resolvieron dirigirse al Saltillo, de donde continuaron para los Estados Unidos.

Aldama, que era el de más edad y más sensato entre los caudillos militares insurgentes, consideró que su causa estaba perdida, y, en consecuencia, fué de los que más calurosamente apoyaron el proyecto de emigración, y consiguió que su hermano el Lic. Don Ignacio fuese nombrado Plenipotenciario en aquella nación y que se adelantase al ejército; al mismo tiempo hizo que Jiménez preparase alojamientos y subsistencias en todo el camino, y dió muestras de gran actividad. Nunca creyó, como tampoco lo creyeron los demás jefes, que la traición los asechase en su ruta y contaba llegar á la frontera sin novedad;

siendo difícil decir lo que hubiera sucedido después, pues es probable que el Gobierno de Filadelfia se desentendiese de sus demandas de auxilio y que cuando mucho, nada más les permitiese hacerse de armas y municiones, vendiéndoselas muy caras.

Aldama, como todos sus compañeros, cayó preso en Acatita de Bajan y fué llevado á Chihuahua, donde rápidamente se le formó causa; aunque no se le podía probar que se había portado cruelmente, bastaba el hecho de que siendo militar se había sublevado para que se le condenase á muerte; además, su cabeza estaba pregonada y valía diez mil pesos. Condenado á la última pena, no pudo ni escribir á su familia, y recibió la muerte en unión de Allende, Jiménez y Santa María, el 26 de Junio. Su cabeza fué una de las destinadas á un ángulo de Granaditas.

En 1824 se declararon heroicos sus servicios, y su nombre fué mandado inscribir con letras de oro en el Salón del Congreso; sus restos se depositaron en la cripta de Catedral, y hoy se encuentran en la capilla de Señor San José.

Si el vértigo no hubiese invadido el cerebro de los primeros caudillos y el éxito de reunir ejércitos considerables con los que ni soñaban, no los hubiese cegado hasta el punto de creer innecesario disciplinar esas masas, es probable que con los conocimientos militares que tenían y con ejércitos menos numerosos, se hubiesen dedicado á instruirlos y hubieran podido hacer una revolución menos rápida que la que hicieron, pero más fructífera, sin que hubiesen llegado al fin desastroso que casi todos ellos encontraron.
